

La magnífica Ubar

Pablo A. Gutiérrez

La magnífica Ubar, al sudeste de la Península Arábiga, era conocida también como la ciudad de las columnas. Su única entrada era el Portón del Homenaje hecho de hierro fundido y estaba rodeada por gruesos murallones con siete almenas y cuatro torreones. Era el centro comercial más importante de la península y sus habitantes disfrutaban de las comodidades de la época. Sin embargo, cierto día algunos ciudadanos se quejaron de que eran importunados por un tal Adib, conocido como Adib el oscuro. Tal fue su clamor que llegó a oídos del Visir de Ubar que administraba la ciudad por mandato del Califa. El asunto parecía delicado de modo que le encomendó la indagación a su consejero de mayor confianza, un hombre piadoso conocido como Malek el afable.

Dos días después de cumplir su cometido, el comisionado se presentó ante el Visir y con gran consternación relató cuanto había descubierto. Tras escuchar la sorprendente crónica, la siguiente tarea de Malek el afable fue congregar en el palacio cuanto antes a todos los implicados. El Visir era una persona de escasa tolerancia pero de gran devoción y estaba decidido a finalizar el contratiempo cuanto antes. Deseaba que la paz regresara enseguida a la magnífica Ubar.

Siguiendo las instrucciones recibidas, Malek el afable reunió a todos en el salón más grande del palacio, el salón de los mil candiles. Al rato entró a la cámara el Visir rodeado por su guardia personal, cuatro hombres con cimitarras muy afiladas y de gran tamaño. Tras ocupar su sede, miró detenidamente a cada uno de los presentes. Solo se oía el rumor de la fuente de agua en el centro del salón.

Por orden del consejero, Adib el oscuro se adelantó unos pasos y esto provocó un estridente murmullo en el salón. Cuando el Visir levantó su mano, regresó el delicado goteo del manantial.

El acusado, un hombrecito de baja estatura, tenía los ojos tan pequeños que parecían dos puntos negros a los lados de la nariz, que era grande y estrecha, equiparable al pico de un ave carroñera. Permanecía inmóvil sujetando con firmeza un arcón del tamaño de una sandía que estaba forrado con un cuero grasiento. Sus dedos, largos y nudosos, parecían garras clavadas en el cofre.

El primero en presentar su queja contra Adib fue un posadero, un hombre regordete y calvo. Avanzó unos metros y mientras estrujaba su cochambroso delantal refirió al Visir que el acusado se negó a pagar la cena porque no le había parecido apetecible. Narró que mientras él y el mesero insistían en que debía abonar su deuda, el denunciado murmuraba algo dentro de su cofre. De inmediato y sin razón aparente se enfermaron los demás comensales. El hombre del delantal mugriento explicó que nadie pudo controlar su descompostura. Durante dos días estuvieron limpiando el lugar y desde entonces estaba en la ruina porque, según dijo, los ciudadanos de Ubar evitaban su posada.

El tendero fue el siguiente y según su relato discutió con Adib porque éste quería devolver una escoba comprada el día anterior. El vendedor miraba de reojo hacia el arcón con un leve temblor en el labio inferior. Cuando el Visir le ordenó que prosiguiera, dijo que le explicó al cliente su política de no admitir devoluciones y entonces Adib musitó algo a su cofre entreabierto. En ese punto del relato el tendero se quedó en silencio mirando el suelo y negando con la cabeza. El Visir le ordenó que continuara su historia bajo apercibimiento de ser expulsado del salón. Cuando los guardias se acercaban para echarlo, reanudó su testimonio. Dijo que todos sus plumeros se habían ido volando en bandada, desapareciendo con sus graznidos tras los muros de la ciudad.

El Visir dejó de apretar las muelas para preguntar a Malek el afable quién era el próximo en presentar su caso. El consejero mirando los ojos enrojecidos de su jefe le dijo que se trataba de una jovencita que había rechazado a Adib. Malek señaló hacia el sitio en el que estaban una muchacha y una anciana que la llevaba del brazo. En cuanto la mujer mayor soltó a la joven y se

adelantó, el Visir le ordenó que regresara a su sitio y que fuera la joven quien hablara por sí misma. La vieja explicó que ella era la del asunto y que su hermana melliza solo estaba allí para acompañarla.

El Visir se puso de pie de un salto y mandó a su guardia a que desalojaran el salón. Pese a sus esfuerzos, Malek el afable no consiguió contener al Visir ni lograr que recapacitara. Sus decisiones se ejecutaron de inmediato: Adib el oscuro fue desterrado y también se disgustó con su consejero, expulsándolo para siempre del palacio. Desde ese momento nadie más lo llamó Malek el afable.

La magnífica Ubar, al sudeste de la Península Arábiga, era conocida también como la ciudad de las columnas, pero hoy día los arqueólogos la conocen como la Atlántida de las Arenas.